



HABANA - MIAMI

Mr. Hyde y Dr. Jekyll

Por ALFREDO PRIETO GONZÁLEZ

Las percepciones Habana-Miami no pueden entenderse de manera cabal si no se toman como referencia las de la cultura cubana sobre Estados Unidos, caracterizadas desde hace mucho por un sentimiento doble: el rechazo y la atracción. Se ha dicho que siendo un país del Tercer Mundo, la autocomparación de los cubanos con el vecino norteamericano constituye un «hecho natural» manifiesto, entre otras cosas, en la manera de validar el modo de hacer norteamericano en términos del éxito personal, la eficiencia económica y el consumo, ideas que se deben no sólo a su prosperidad en Estados Unidos --un hecho magnificado por las imágenes al uso, al presentar un «exilio dorado» empresarial y ejecutivo--, sino también al continuum que ha atravesado relativamente incólume 50 años de conflicto. Esta dinámica cultural marca una diferencia respecto a la que se establece con América Latina, zigzagueante y discontinua en el tiempo, como ya lo investigué hace algunos años. Y esto es mucho más difuso en el caso del Caribe, con el cual los cubanos apenas proyectan elementos de autoidentificación, quizás con las excepciones de Santiago de Cuba y Guantánamo.

Hoy, que me he levantado un poco memorioso a lo Borges, escribiré pri-

mero sobre el rechazo. La ciudad de Miami tiene un lugar privilegiado en esa escala, por haber establecido una relación muy peculiar con la Isla. Fue refugio de exiliados prerrevolucionarios y puerta de entrada directa al “modo de vida americano” a partir de redes comunicativas muy eficientes para la época (en los años cincuenta la clase media cubana, recuérdese, iba allí a comprar artículos y bienes de consumo durante un fin de semana; otros, menos afortunados, lo hacían para buscar trabajo). Después de 1959, al cabo de una Revolución que derribó una impopular dictadura, dio al traste con la estructura de poder tradicional y rompió con los moldes de dependencia establecidos con Estados Unidos, Miami profundizó su condición de safe heaven al calor de las políticas federales y pasó a ser centro de actividades contra el nuevo orden político. Devino, primero, refugio de criminales de guerra y torturadores batistianos; después, lugar de asentamiento de las clases medias, que llegaron, básicamente, en dos oleadas: 1960-1962 y 1965. Esas categorías se fueron como exiliados, se comportaron como tales y cultivaron la idea del regreso al Paraíso Perdido creando toda una industria de la nostalgia en torno a “la Cuba de ayer” que todavía hoy fun-

ciona. Los “periodiquitos” locales, los “municipios en el exilio” y las “radios de micrófono abierto” son tres de sus piedras de toque.

Sobre este sedimento opera, en el nivel político-mediático de la Isla, un discurso que alimenta las percepciones negativas debido al accionar de grupos tradicionalmente funcionales a los objetivos de la política norteamericana hacia Cuba, involucrados incluso en acciones terroristas contra instalaciones civiles y turísticas. Ello genera un sentimiento de inseguridad nacional en un contexto donde sus ejecutores no han sido procesados en lo judicial por violar el Acta de Neutralidad, y a pesar de haber confesado en público su participación en la voladura de un vuelo de Cubana de Aviación en 1976, un problema sobremanera sensible para el liderazgo y las personas antes y después del 11 de septiembre. Los casos de Posada Carriles y Orlando Bosch --el primero sin juzgar o extraditar a Venezuela y el segundo perdonado por el presidente George Bush-- son ilustrativos al respecto. Se trata, en una palabra, de la percepción misma del enemigo.

Pero a ese enemigo se le ven otros tentáculos. Por sus prácticas políticas y por los casos de corrupción y fraude electoral, Miami es percibida como una

“República bananera”--curiosamente, una idea bastante generalizada en sectores de la sociedad anglo, sobre todo en medio del caso Elián González. Los récords de esta suerte de memoria histórica son de ordinario eficientes; también, como esos anglos, dan cuenta de la participación de cubanos en el lado oscuro de la Fuerza: el magnicidio de Dallas, los plomeros de Watergate, el asesinato del Che y de Orlando Letelier, la Escuela de las Américas, el escándalo Irán-Contras y un largo etcétera avalado por la persistente realidad de los hechos. Last but not least, la existencia de una élite política conservadora cubano-americana involucrada en acciones de cabildeo congresional y en posiciones de poder en distintas instancias del Gobierno Federal, que ha tenido y aún tiene un determinado impacto sobre la formulación-implementación de la política hacia la Isla, desata reacciones de maridaje y continuidad con la cultura anexionista del siglo XIX, y con expresiones diversas de entonces a hoy.

Este es el rostro de Mr. Hyde.

II

En uno de sus trabajos, el sociólogo Lisandro Pérez refiere un hecho con el que quiero continuar estas reflexiones. A fines del siglo XIX, durante una audiencia migratoria celebrada en Key West --que ya desde entonces los cubanos llamaban Cayo Hueso--, un norteamericano se dirigió al estrado y dijo más o menos esto: ustedes tienen que entender que cuando es agente dice “vamos al Cayo”, lo hacen como si dijeran “vamos a Nuevitas, Colón” u otro sitio de la isla firme. Es cierto que se trata de un lugar de alguna manera especial, el punto más cercano de Estados Unidos a la Isla y con una variada impronta cubana en nombres de calles, edificios, muelles e instalaciones; pero sospecho que algo parecido ocurre con Habana-Miami, dos ciudades interconectadas por diversos flujos mutuos, aunque separadas por las asimetrías propias que marcan la diferencia entre el Primer y el Tercer Mundo, como ocurre con San Diego-Tijuana o con cualquiera de las ubicadas a lo largo de

las tres mil millas de frontera terrestre entre Estados Unidos y México.

Para muchos cubanos, Miami es la segunda ciudad. Situada a sólo 288 kilómetros de la capital, la cercanía es un hecho sensorial: uno puede tomar el avión habiéndose lavado la cabeza en el Aereopuerto Internacional José Martí y llegar allá con el pelo oliendo a champú fresco, porque el viaje dura unos 45 minutos, por contraste con otras ciudades del territorio nacional, como las de las provincias orientales, a las que se arriba en casi dos horas. El flujo poblacional histórico, más la reciente migración, han generado una red de relaciones familiares crecientemente percibidas como normales desde fines de los años 70, cuando el Estado cubano aceptó por primera vez la visitas de quienes se habían ido, a condición de que no estuvieran involucrados en actividades contra la Revolución.

Esa lógica del contacto, afectada pero para nada borrada por las medidas de la administración Bush, Jr. de junio de 2004--cuyo desmontaje emprenderá la de Obama-- refuerza en los cubanos de dentro un conjunto de ideas previas, entre las que sobresale lo que denomino “la percepción por default”, es decir, asumir que los de allá tienen automáticamente todo de lo que se carece aquí en lo material por el mero hecho de cruzar el Estrecho. Se produce así una idealización de la vida al otro lado, una especie de brusca movida de péndulo, sobre todo en los sectores más jóvenes de la ciudadanía: se “lee” que nada puede ser peor que la cotidianidad cubana en tiempos de crisis. Esto crea con frecuencia sentimientos de frustración en los recién llegados, como lo muestra el documental *Balseros*, desgarrador en sí mismo, al enfrentar en carne propia las complejidades de la vida en Estados Unidos, donde cuenta la estricta iniciativa individual y no son muy usuales los “derechos naturales” garantizados por el Estado --algo que sin embargo esa nueva emigración, que está alterando el mapa ideopolítico miamense, se lleva para allá como si estuviera grabado en su disco duro.

Miami es, por lo demás, el lugar donde se puede vivir en cubano y don-

de es posible una inserción favorable sin mayores desgarramientos debido a la existencia del enclave, al apoyo familiar inicial y al dato público de que para salir adelante no es requisito imprescindible el dominio del inglés, un hecho que comprueba, espantado, el viejo Samuel P. Huntington en su libro *Who Are We. The Challenges to America's National Identity* (2004), en medio de su cruzada contra los hispanos. Visto desde la Isla, “vivir en cubano” es la ropa vieja y el bistec con papas fritas de La Carreta, “la colada” de café criollo en una esquina de la calle 8, el dominó, la santería, la foto del carro último modelo a la entrada de la casa y la programación vernácula del Canal 41; también la música de Willy Chirino y de los salseros y actores cubanos allí radicados durante los últimos años, así como los chistes de Guillermo Álvarez Guedes, una información que llega a Cuba mediante una variedad de canales informales, además del contacto. Tomada la decisión de emigrar, lo único que se necesita para estar de nuevo en otra Cuba es una visa, cruzar por la frontera mexicano-norteamericana, o lo más peligroso e irracional: tirarse al agua.

Pero no todo es plano en la viña del Señor. Quienes no desean emigrar y disfrutan de visitas, dineros y regalos, suelen albergar sentimientos de reserva hacia el otro, por los menos en ciertos aspectos públicos. El principal es la reticencia a que los cubanos de Miami puedan invertir alguna vez en la Isla por las desventajas comparativas que implicaría y por la percepción de subordinación o subrogancia. Un escritor de la Isla me contó que una vez, durante una visita a Miami, un antiguo compañero del colegio privado donde ambos estudiaron le dijo: “algún día tú vas a trabajar para mí”. Su respuesta fue: “Tú no sabes cómo te agradezco que me hayas dicho eso”.

Este es el rostro del Dr. Jekyll, aunque tenga el anterior (y otros) asterisco(s).

